

más perniciosos frutos era enconar cada día más los ánimos y hacer más profunda la división entre los hijos de un mismo suelo. No sucede así ciertamente cuando el sufragio es absolutamente espontáneo y libre, y cuando el empeño de todos consiste en no sacrificar nunca la honradez y la probidad políticas al más liviano interés de facción: usando los partidos de los medios legales, envían á sus representantes con sus propios principios, que, guardándose mutuas consideraciones, dirigen sus esfuerzos aunados á conseguir la prosperidad y la justicia que hace respetable la patria á propios y extraños.

Si, pues, el General Díaz y sus partidarios se proponen realmente extirpar estos abusos, siendo ellos los que en primer lugar den ejemplo y modelo, podemos lisonjearnos de que la gran familia mejicana podrá todavía vivir días felices á la sombra de la república federal, que con la paz y la virtud de sus ciudadanos tendrá necesariamente que ser católica, y arrojará lejos de sí el ponzoñoso *virus* de la impiedad, que únicamente puede producir el despotismo del poder absoluto, ó la anarquía de la demagogia.

Si, por el contrario, siguen el segundo camino, continuando en falsificar el voto, en perseguir al catolicismo, y en conservar uncidos los gobiernos de los Estados al carro de la presidencia, el fallo de la historia será más terrible para la revolución de Tuxtepec, y la posteridad dirá que ella no tuvo por fin la regeneración de la República, sino la conquista de la presidencia y de los gobiernos particulares de los Estados.

El porvenir se presenta ante los jefes de la re-

volución que acaba de triunfar teniendo en una mano la corona de laurel que otorga á los grandes patriotas, y en la otra el padrón de ignominia con que castiga á los grandes ambiciosos. Ellos han manifestado que anhelan la primera: la Nación también está ansiosa de ver con ella ornadas sus frentes. La época que empiezan os dirá, al terminar, si serán fallidas las dulcísimas esperanzas que se ven renacer por todas partes en presencia de las palabras de los vencedores del Sr. Lerdo. No necesitamos decir que nuestros deseos más ardientes son verlas cumplidas de una manera brillante y magnánima.

### **El Illmo. Sr. Rodríguez de la Gala. Su destierro.**

Mayo 18 de 1877.

La desolación del más amargo dolor se cierne actualmente sobre la ciudad de Mérida.

Una persecución provocada por la masonería se ha desencadenado contra el Santo Pastor de la Diócesis, el Illmo. Sr. Dr. D. Leandro Rodríguez de la Gala. Sólo la aureola del martirio faltaba á la magestad que orna su frente de anciano, de virtuoso y de sabio. ¿Qué corazón cristiano, qué alma generosa, qué espíritu noble no siente amor, veneración y respeto hacia ese padre carísimo del pueblo yucateco? ¿Quién no siente desgarrarse su corazón de dolor, quién no gime, quién no siente rebosar la amargura en su pecho, al considerar la tribulación que cae rudamente sobre su venerable cabeza?

Tiempo es de llorar, tiempo es de orar, tiempo

sublimidad: así tal vez perdamos temporalmente por el destierro, por la relegación ó el confinamiento al santo Prelado que nos gobierna, y comprenderemos mejor el bien inapreciable, el don celestial que es poseer como maestro y como padre á un verdadero sucesor de los apóstoles, á un enviado de Nuestro Señor Jesucristo, camino, verdad y vida.

### **El Illmo. Sr. Rodriguez de la Gala. Su muerte.**

Febrero 19 de 1887.

Los corazones yucatecos están de duelo; las almas llenas de dolor. Cumple al ECO DEL COMERCIO (1) el deber honroso de poner una flor de respetuoso cariño sobre la tumba que acaba de cerrarse, después de recibir los restos del hombre eminente á quien la opinión pública en unánime concierto aclama como hombre humilde, sabio, prudente y santo, en quien resplandecieron en grado admirable todas las virtudes, pero sobre todo la dulce bondad, el amor tiernísimo y generoso al pueblo, la mansedumbre perdurablemente serena. ¡Qué dulce y bello natural el de éste padre venerado del pueblo yucateco, que acaba de cerrar los ojos para entrar en la vida de inextinguible é indeficiente luz, de felicidad sin término, de vista y posesión de Dios! ¡Qué maravilloso portento el de su existencia pobre y escondida, y, sin embargo, irradiando por todos los ámbitos del suelo

Este artículo lo publicó su autor en «El Eco del Comercio,» por habérselo suplicado así el director de este periódico, D. Manuel Heredia Argüelles.

yucateco para calentar los corazones, para reanimar la piedad, para impulsar ideas benéficas, para proteger obras útiles á la regeneración social! Querido y venerado por todos, llegó á ser popular en todas las clases sociales, en tal extremo que su nombre solo es tenido como oliva de paz, enseña de misericordia y símbolo de santidad en todo el Estado. ¿Quién hay en toda la península, desde el Cabo Catoche hasta la Isla de Términos, que no oiga con respeto el nombre del Sr. Rodríguez de la Gala, y al nombrarlo no sienta como el perfume místico de acrisolada virtud? De él se puede decir que do quiera que se dejaba ver arrastraba tras sí los corazones por el encanto de su dulce sencillez, de su apacible genio y rectitud de miras. Y lo más admirable era que este ascendiente y dominio que en torno suyo ejercía, no lo había conquistado ni por elevada alcurnia, ni por el esplendor de las riquezas, ni por el boato de elevada dignidad, sino por el prestigio solo de su virtud, y por la ternura de su alma verdaderamente paternal que ignoró completamente el odio, y que al expresarse por medio de la palabra parecía no saber decir otra cosa que el comentario del gran consejo evangélico: «Amáos los unos á los otros.»

¿Quién de los que vivían en los primeros lustros del presente siglo hubiera podido adivinar en el niño macilento por la miseria, que diariamente acudía á buscar el sustento de su madre á casa de un pariente suyo, quién, decimos, podría prever en él al futuro obispo de Yucatán que, sobreponiéndose á las dificultades y escasez de recursos, había de levantar el espíritu cristiano, y hacer ejecutar obras

es de levantar el alma toda hacia Dios, para que mire con clemencia al pueblo cristiano, y aparte de él el azote, convirtiendo los corazones.

¡Ah! en la economía de la Providencia muchas veces el inocente, el justo, el santo padece y se ofrece en sacrificio para rescatar las culpas de su pueblo. Así, tal vez, el Sagrado Corazón de Jesús ha escogido la víctima más pura y le deja beber hasta las heces la copa del dolor.

El cristiano vino al mundo para orar, combatir y morir, y padeciendo triunfar, porque la vida de la Iglesia tiene su raíz en la Cruz, en el martirio, en el Sepulcro.

En el fondo de las lágrimas que derrama la Iglesia, se ven lucir los primeros arreboles de la aurora del triunfo, triunfo que consiste en el acrecentamiento de su divina influencia en las almas. ¿No se observa palpablemente que cada gota de sangre que se hace verter á la Iglesia es la simiente fecunda de que brotan nuevas generaciones de creyentes, el fuego que enardece á los espíritus tibios, el crisol que purifica, la medicina que cura á las almas atacadas del virus del error y del pecado?

Las fieras y los tormentos de Roma, las mazmorras y los cadalsos de Isabel de Inglaterra, la guillotina del 93, y la *lucha civilizadora* de Bismark, sirvieron de riego fecundante al árbol de la Iglesia cristiana, para ostentar nuevos vigorosos brotes, ramos robustos y fecundos, flores que embalsaman con el perfume precioso de la virtud y de la santidad, frutos grandiosos y admirables. ¿Y qué vale la persecución? La sociedad entera se levanta en favor del oprimido, y toda voz que pueda ser oída clama en

favor del inocente. La memoria de la persecución se graba de una manera perenne en el alma del pueblo; hace más profunda, más indeleble la antipatía que se siente contra el perseguidor; y cuantos intervienen en ella ponen sobre sí una marca que todos conocen y que á todos es odiosa.

En este pueblo de hermanos, en este suelo querido que se llama Yucatán, jamás por jamás había acontecido que se persiguiese á un príncipe de la Iglesia Católica, á un maestro de la verdad y de la virtud, porque ejerciendo su divino ministerio levante la voz y muestre el precipicio á cuya orilla van caminando sus hijos, porque clame apellidándolos á que se aparten del mal sendero que llevan, porque con solícita ternura los llame y los congregue al rededor del altar á templar sus almas con el espíritu de Dios, á beber inspiraciones santas, á llenarse de sentimientos justos, de ideas grandes y divinas. ¿En qué sociedad cristiana se ha visto que el padre cariñoso que se desvive y vela incesantemente por la salud de sus hijos sea arrastrado por manos del corchete al banco del acusado?

En esta tierra donde todavía la justicia encuentra bastantes almas que la defiendan y la amparen, el Supremo Pastor de la Iglesia Católica ha sido querido, respetado y venerado. Los gobiernos han pasado, y todos han guardado consideraciones á ese amor predilecto del pueblo yucateco. ¿Qué desgracia perseguirá al Gobierno del Sr. General Díaz (1) que le ha tocado en suerte venir á herir este

(1) El destierro del Illmo. Sr. Dr. Don Leandro Rodríguez de la Gala, se verificó siendo gobernador provisional de Yucatán D. Agustín del Río, enviado por el Sr. Gral. Díaz á encargarse del go-

cariño santo, este amor acendrado, esta ternura y adhesión de Yucatán al jefe de esta parte de la Iglesia Católica? Porque el amor que se le profesa no es de unos cuantos; es de todo el país, y por eso se observa que la ciudad de Mérida está hondamente conmovida y que todas las clases sociales sin distinción condenan los atentados inicuos de que es víctima nuestro humilde y santo Prelado.

Es máxima de la ciencia política que todo el afán y empeño del gobernante ha de cifrarse en atraer la aprobación y la simpatía de los gobernados; guiando todos sus actos por la norma de la justicia y de la bondad, y procurando no atacar esos sentimientos arraigados de amor y adhesión á los bienhechores del pueblo. El gobernante, es verdad, puede alucinarse con la adulación y con la lisonja, y ofuscarse hasta no ver ni distinguir semejantes nobles sentimientos, ni á esos bienhechores; pero, entónces, arranque de su corazón toda esperanza de fundar gobierno arraigado, sólido y verdadero. No hay que dejarse arrullar por las arteras seducciones de la lisonja ni qué formarse mentidas ilusiones: quien no cimienta las bases de su poder en la simpatía y adhesión de la mayoría del país, levanta sobre arena un edificio deleznable: las bayonetas poco sirven cuando la muda indignación, la reprobación sorda de la sociedad ha minado su prestigio.

Triste camino es este por donde vamos descendiendo! Se persigue á la Iglesia Católica por instigaciones y provocaciones de la masonería, y se cree que todo está hecho, que todo progreso está consumido. El Gobierno de este Estado, mientras se efectuaban las elecciones del Gobernador constitucional.

mado. ¡Ah! se olvida que esa Iglesia es la única escuela de autoridad, de respeto, de moral y de justicia que existe sobre la tierra! Desgraciados de nosotros todos el día en que, desapareciendo esa Iglesia, desaparezcan también esos sentimientos religiosos que han inoculado ese espíritu de mansedumbre y de respeto á la autoridad y á la moral que ha sido el honor de los yucatecos. Perdida la religión vendrá el despotismo tremendo, es verdad; pero también vendrá la energía tremenda de las olas socialistas que no se contentará con perseguir sacerdotes y con derribar Iglesias, sino que destruirá propiedades y derrocará gobiernos, lanzándose impávidas sobre las bocas de los cañones para apagar sus fuegos. Y será el castigo de Dios!

Ya desde luego vemos cómo los jóvenes van aprendiendo la miserable enseñanza de que el camino de los falsos honores, de la riqueza y del poder, no está en el estudio, en la ciencia y en la literatura, sino en la ostentación de odio á la Iglesia Católica. Esto supuesto ¿á donde queda relegado ese porvenir de grandeza que nosotros soñamos para la querida patria? El odio puede destruirlo todo, hasta la misma humanidad; pero nada puede fundar: el amor es el único que edifica, mantiene y conserva.

Pero entre tanta calamidad, es un consuelo para el alma contristada, pensar que la sociedad puede sacar de todo esto, una lección provechosa: acontece á veces poseer un tesoro preciosísimo, y, sin embargo, no conocer su precio; y si por voluntad de Dios llega á perderse, entonces es cuando su privación engendra la estimación de su grandeza y